

SERMON
DE LA PREPARACION
PARA RECIBIR DIGNAMENTE
LA SAGRADA EUCARISTIA (1).

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE ARMAÑÁ.)

Acceptit ergo Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.

Tomó pues Jesus los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados.

S. Juan, c. 6. v. 11.

Ansioso del mayor bien de las almas el amantísimo Redentor, no solo instituyó para nuestro alimento espiritual el santísimo sacramento de la eucaristía, en que se nos da su sagrado cuerpo y su sangre preciosísima, sino que para excitar en el corazón humano consideraciones y afectos dignos de tan singular fineza, preparó ántes los ánimos con las mas vivas expresiones. Dijo que *él era el pan vivo que habia bajado del cielo* (2); que *el que comiera tan precioso pan, viviria eternamente* (3); que *no era como el maná, que solo conservaba por algun tiempo la vida corporal sin librar de la muerte, á los que lo comian, sino que el pan celestial que nos daria, nos haria inmortales* (4), y que *á los que lo comiesen, los resucitaria en el fin del mundo para*

(1) En la pág. 298 se ha puesto otro sermón sobre la misma materia, y allí se ha citado el que se halla en la pág. 169 del tomo cuarto de los de *Misión*.

(2) *Joann. c. 6. v. 51.* (3) *Ibid. v. 52.* (4) *Ibid. v. 59.*

la vida eterna y gloriosa (1). Declaró que *aquel pan era su propia carne* (2); que *su carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida*; que *para gozar una vida digna de este nombre, era necesario comer su carne y beber su sangre* (3); que *el que comiera su carne y sangre, quedaria en él, y él quedaria en aquel que la comiese* (4). Estas y otras expresiones de Cristo Señor nuestro ¿qué eran sino felices anuncios del favor especialísimo, que habia de recibir el linaje humano, ilustrando con ellas á un tiempo los entendimientos para el conocimiento de tan alto misterio, inflamando los corazones para el fervoroso deseo de tan estimable fineza, con la cual se habian de gozar tan dichosos efectos? Al mismo fin quiso dar como una prenda de su favor con el convite prodigioso que nos refiere el Evangelio que he citado. No sin misterio, al empezar el sagrado evangelista la relacion de aquel admirable suceso, advierte que se acercaba la Pascua de los judíos (5): *Erat autem proximum Pascha, dies festus judæorum*: quizá quiso acordarnos con esta Pascua la que celebró el Salvador en la ceremonia que hoy nos recuerda la Iglesia, en la cual instituyó el santísimo Sacramento. Al acercarse pues la solemne Pascua del pueblo hebreo, figura de la que celebra con tanto gozo y con tanta dicha el pueblo cristiano, dió Cristo un convite propio de su bondad inefable, como una prenda del convite eucarístico que disponia su amor. Le seguia en gran número el pueblo, dulcemente atraído de su amable presencia. Se hallaba en un desierto, distante de sus propias casas y falto de toda provision. Para suplir la falta, no tenian mas los apóstoles que cinco panes y dos peces: ¿qué era esto para innumerable gente? Sin embargo Cristo hace sentar á todo el concurso, toma los panes en sus poderosas manos, levanta los ojos al cielo, da gracias al eterno Padre, los bendice, los multiplica con su infinito poder, los distribuye con tierno amor, y abundan tanto, que saciado el apetito de todos los convidados, resta no poco para sustento de otros.

En este maravilloso suceso ¿quién no ve un bello diseño de la sagrada eucaristía, que instituyó Cristo Señor nuestro en la última cena para espiritual alimento de los fieles durante su peregrinacion en este mundo? No se multiplica el pan en este

(1) *Joann. c. 6. v. 55.* (2) *Ibid. v. 52.* (3) *Ibid. v. 54.* (4) *Ibid. v. 57.*
(5) *Ibid. v. 4.*

convite, sino que se convierte su sustancia en el cuerpo de Cristo, y la del vino en su sangre; pero con ser uno mismo el cuerpo y una misma la sangre, como si se multiplicase, lo recibe todo cada uno: no solo el cuerpo y sangre, todo Cristo Dios y hombre verdadero se recibe en el santísimo Sacramento bajo cualquiera de las dos especies. Este es el gran misterio de nuestra santa Fe, tan glorioso para la católica Religión, como profundo. Este es el precioso convite á que nos llama el amor de Cristo desde aquella sagrada mesa, repitiendo tácitamente aquellas dulces palabras: coméd los que os preciáis de amigos míos (1), coméd mi pan (2): yo soy el pan vivo que bajé del cielo para vuestro mayor bien (3), para daros una vida inmortal, feliz y eterna; yo que soy el pan de ángeles, quiero ser el alimento de vuestras almas (4): venid pues, y alimentádlas con tan saludable alimento.

Al eco de tan amorosas voces ¿qué corazón habrá tan duro que no se abrase en vivos deseos de recibir el especialísimo favor que se le ofrece? ¿quién no suspirará vivamente por aquel pan celestial? Pero para recibirlo dignamente, debemos disponer nuestros corazones; y ¿cuál ha de ser esta disposición? Veis aquí, amados oyentes, lo que voy á exponeros con el ejemplo de los que lograron en el desierto ser alimentados por el Salvador. Contemplád aquella multitud numerosísima, tan desprendida de los bienes terrenos, que deja su patria, sus casas y todas las comodidades; tan deseosa de la presencia del Salvador, que ningún trabajo, ninguna pena, ninguna dificultad los acobarda: ni las asperezas del desierto, ni la falta de alimento, ni las molestias indispensables de un largo viaje pueden retraerlos de su seguimiento. Con esto tenéis expresada la principal disposición para recibir dignamente á Cristo, y ella será todo el objeto de mi paterna solicitud, ponderando en mi discurso, cuánto importa desprender el corazón de todas las cosas del mundo, y fijar su afecto en el Señor de infinita bondad que se ha de recibir, para gozar los preciosos efectos del santísimo Sacramento. Saludemos ántes á la Virgen con el *Ave María*.

¡Gran dicha del hombre poder alimentar su espíritu aún en

(1) *Cant. c. 5. v. 1.* (2) *Prov. c. 9. v. 5.* (3) *Joann. c. 6. v. 51.*
(4) *Psalm. 77. v. 25.*

esta vida con el pan del cielo, en quien se contienen todas las verdaderas dulzuras; poder gozar en su pecho la fuente de todos los bienes y el soberano Autor de todas las gracias! Pero ¡gran desgracia de aquellos cristianos, que logrando tan excelente beneficio, se privan voluntariamente de sus admirables efectos por falta de disposición! Vemos que se frecuenta en el pueblo cristiano la sagrada comunión; pero no tenemos el consuelo de ver el correspondiente fruto. La vanidad y el lujo, lejos de abominarse como merecen, se aumentan con indecible furor; los abusos y escándalos se multiplican á nuestra vista con tanto descaro, que parece hacerse gala de la infamia; se resfría mas y mas de cada día la caridad; se desprecia con insolente orgullo la verdadera devoción; y por decirlo de una vez, se han relajado tanto las costumbres, que apenas se descubren vestigios de su perfección antigua. Para mayor desdoro de nuestra santa Religión, se nota este desorden aún en gran parte de aquellos que comulgan con frecuencia. ¿Veis por ventura despues de tantas comuniones, que dejen el teatro, el juego, el baile, las modas profanas, los trajes inmodestos, los tratos y diversiones peligrosas? En los mismos días que comulgan ó celebran, ¿veis que observen mas retiro, mas modestia, mas humildad, mas templanza y mortificación? ¿Los veis ménos afanados en adquirir por cualesquiera medios, honras, riquezas, comodidades terrenas y gustos carnales? ¿Los veis mas pacíficos, mas comedidos con el prójimo, mas liberales con los pobres, mas fervorosos en el culto de Dios, mas exactos en su servicio? Generalmente se ven los mismos vicios, los mismos abusos, el mismo tenor de vida sensual, no digo solo en los días de comunión, sino casi con la sagrada eucaristía en la boca, dejándose llevar luego de la fuerza de sus pasiones, que no han procurado reprimir; de suerte que podemos decir de algunos cristianos lo que admirado decia de los israelitas el real Profeta (1), que aún tienen en la boca la comida con que Dios por especial favor los ha regalado, cuando ya con sus excesos provocan contra sí el divino enojo: *Adhuc escæ eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos.*

Haría yo agravio tanto á la verdad, como á la sólida devoción de no pocos católicos, si los comprendiera á todos en la

(1) *Psalm. 77. v. 30.*

triste pintura que acabo de hacer. Son inegables los felices efectos de la sagrada comunión en muchas almas verdaderamente devotas, preservadas por especial beneficio del torrente impetuoso de la corrupción general. Ojalá fuese su número mayor! ojalá fuese más común este fruto! ¡Qué consuelo para la santa Iglesia y sus fieles ministros! Á pesar de nuestros vivos deseos, es demasiado notoria la relajación, para que podamos disimularla; y veis aquí el justo motivo no menos de asombro que de lágrimas. ¿No es la comida eucarística la que muda felizmente al hombre, dándole nueva vida espiritual? Así lo prometió Jesucristo cuando dijo (1): *el que me come, vivirá por mí*; esto es, no vivirá ya para el mundo, para la carne, para sí mismo, sino solo por mí y para mí, conformando su voluntad con la mía, renunciando por mi amor los placeres carnales, despojándose del hombre viejo y vistiéndose de un nuevo hombre, con la reforma de sus costumbres. En confirmación de esta sagrada doctrina, decía el Señor á mi padre san Agustín, hablándole al corazón luego de convertido: «yo soy manjar de grandes: crece pues, y me comerás; pero entiende, que comiéndome no me mudarás en ti, como sueles mudar y convertir la comida corporal, sino que tú te mudarás en mí (2).» ¿Cómo pues no se mudan los hombres carnales con la frecuencia del manjar celestial? ¿Cómo no reforman sus costumbres, no dejan los placeres y vanidades mundanas, no muestran un nuevo tenor de vida, sino que prosiguen en vivir tan carnales, tan esclavos de sus pasiones, tan arrastrados de los antiguos vicios, tan enamorados de sí mismos como ántes?

Jesucristo, que se recibe en el santísimo Sacramento, ¿no vino á encender en el mundo los corazones humanos? Lo afirmó el mismo (3); y aún por esto decía san Juan Crisóstomo, que debiéramos levantarnos de la sagrada mesa como leones respirando centellas (4). ¿No es el sacramento eucarístico el que da fuerza y valor, no solo para resistir las tentaciones del enemigo infernal, sino también para sufrir con invencible fortaleza los más horribles tormentos que pueden inventar sus ministros? ¿Quién sino este sacramento, dice mi padre san

(1) Joann. c. 6. v. 58.

(2) *Cibus sum grandium, cresce et manducabis me. Nec tu me in te mutabis sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me.* Aug. Conf. l. 7. c. 10.

(3) Luc. c. 12. v. 49. (4) Joann. Chrys. Hom. 61. ad pop. Antioch.

Agustín (1), dió á los mártires tan admirable fortaleza para padecer con firme constancia, y aún con especial gusto sus atrozísimos martirios? Bien persuadido de esta verdad san Cipriano, á pesar de su inflexible celo por el cumplimiento de las penitencias públicas, de las cuales era una parte la privación de la sagrada eucaristía, cuando vió excitada contra la Religión cristiana una furiosa persecución, acertó los plazos, dispensó en el rigor de la disciplina, concediendo á los penitentes la sagrada comunión ántes del tiempo prescrito, para poder con este fortísimo escudo hacer frente al furor de los perseguidores, y conseguir la palma del martirio (2). Pues ¿cómo ahora con el mismo escudo, con las mismas armas, con el mismo sacramento, se hallan tan flacos y se dejan vencer tan fácilmente de cualesquiera tentaciones los que comulgan, no tal cual vez, sino á menudo? En fin, siendo la sagrada eucaristía, en sentir de todos los Padres de la Iglesia, el remedio de nuestros males, el antídoto de los vicios, la fuente de salud espiritual y la verdadera vida del alma, ¿es posible que despues de haberla recibido tantas veces, queden los vicios con toda su fuerza, las pasiones con todo su furor, las enfermedades del alma con igual peligro? Para sanar las enfermedades corporales, bastaba tocar una vez el vestido de Cristo (3), y para disminuir las espirituales ¿no ha de bastar que se reciba el mismo Cristo en nuestros pechos con frecuencia, ni aún cada día? ¿Cuál puede ser el obstáculo de tan propios efectos?

No tenemos que buscarlo, amados oyentes, fuera de nosotros: en nuestros corazones está todo el impedimento. Los halla la sagrada eucaristía ocupados de las cosas mundanas, de los bienes caducos, de los deleites carnales, de los cuales no se desprendió el afecto, como debiera, para recibir á Cristo Señor nuestro. Por más que sea saludable la comida corporal, si halla el estómago cargado de crasos humores, en vez de nutrir y corroborar el cuerpo, lo debilita más, hasta poner su vida en peligro. Así sucede, dice san Juan Crisóstomo (4), con el alimento eucarístico. Por lo mismo que es manjar celestial y pan de ángeles, no se compone bien con afectos terrenos y carnales; ni con estos hay que esperar sus preciosos efectos.

(1) Aug. Tract. 27. num. 12. in Joann.

(2) Cypr. Ep. 54. ad Cornelium, nov. ed.

(3) Matth. c. 14. v. 36. (4) Joann. Chrys. Hom. 27. in I. ad cor.

El maná, que fué figura especial del santísimo Sacramento, ni lo concedió el Señor á los hebreos hasta que se hallaron distantes de Egipto, ni les continuó aquel beneficio desde que se acercaron á la tierra de Canaan (1). No los juzgó dignos del celestial regalo, mientras tuvieron á la vista unos pueblos abominables, teatros de vanidad, de disolucion, de idolatría. Lograron aquel alimento prodigioso en el Desierto; pero ¿experimentaron todos igual fruto? No por cierto. Al paso que los fieles siervos de Dios, los que tenían puesta en la divina bondad su confianza y deseo, se nutrian maravillosamente con el maná y sentían su dulzura inexplicable (2), á los ingratos, á los rebeldes, á los que suspiraban ansiosos por las ollas, pepinos, ajos y groseros manjares de Egipto, no solo les causaba náusea (3), sino que, lejos de darles mayor fuerza y robustez, los enflaquecía notablemente (4).

Si esto se observó con la figura del santísimo Sacramento, ¿cuánto mas con la misma realidad? El cristiano, que tiene los ojos y los deseos puestos en las cosas del mundo, embelesado el corazón con sus pompas y vanidades, ansioso de sus falsos bienes, arrastrado de sus honras, anhelando con todo el conato por sus placeres, en fin con un espíritu y afecto todo terreno, carnal y mundano, ¿podrá considerarse digno del pan de ángeles, de la comida verdaderamente celestial, del mismo Jesucristo, que es la suma santidad y pureza? ¿Podrá prometerse de tan sagrado alimento, por mas que lo tome, los dulces y copiosos frutos, para los cuales lo instituyó el divino Amor?

Dirán sin duda, que ántes de comulgar, si los acusa la conciencia de pecado mortal, procuran reconciliarse con Dios por medio del sacramento de la penitencia. Lo creo, amados oyentes, de todos vosotros, porque no puedo pensar tan mal de alguno, que de propósito cometa un sacrilegio tan horrendo, que san Juan Crisóstomo lo comparó á la maldad execrable de los que crucificaron á Cristo (5). No puedo pensar que voluntariamente quiera el que conserva sentimientos de nuestra santa Religión, juntar en su pecho á Dios y á Belial; conculcar con execrable descaro al mismo Hijo de Dios y profanar su sangre preciosísima (6); que quiera tragarse con el cuerpo y sangre de Jesu-

(1) *Exod. c. 16. v. 35.* (2) *Sap. c. 16. v. 20 et 21.* (3) *Num. c. 21. v. 5.*
 (4) *Num. c. 11. v. 6.* (5) *Joann. Chrys. Hom. 60. ad pop. Antioch.*
 (6) *Hebr. c. 10. v. 29.*

cristo el juicio, la muerte, la mas formidable sentencia (1); que quiera en fin provocar la divina ira, para que descargue sobre su cabeza los terribles rayos de su indignacion, de que ha dado tantas y tan funestas señales aún en esta vida para nuestro escarmiento. Creo pues que ántes de recibir la sagrada comunión, procuráis todos reconciliaros por el sacramento de la penitencia con aquel Señor que habéis ofendido. Tambien el perverso Absalon procuró reconciliarse con su padre David, á quien habia injuriado con graves desacatos. Pero ¿por ventura con esto ya le juzgó el buen padre digno de su presencia? ¿le admitió luego en su casa y en su mesa? ¿Ya, sin mas diligencia, le honró con los favores de su apreciable trato? Nada de todo esto (2). Temería naturalmente la consumada prudencia del padre, que dominasen aún en el corazón del pérfido hijo el orgullo y la ambicion que le habian precipitado á sus enormes excesos; temería que aún quedasen fuertes y poderosas en su pecho las malas inclinaciones que habian echado profundas raíces. Con efecto el tiempo declaró con la obstinada perfidia de aquel turbulento príncipe, cuán fundados fueron los temores de su padre y cuán justa la repulsa.

No se gobierna el conocimiento de Dios como el de los hombres por exterioridades; penetra todo el fondo del corazón humano, y ve claramente cuanto en él se oculta; ve los deseos, las inclinaciones, los afectos desordenados. Mientras que dominan estos en nuestro interior, ¿podremos lisonjearnos de una perfecta reconciliación con su divina Majestad? Debo persuadirme que la procuráis con la confesion sacramental. Pero una confesion hecha de prisa, con un exámen á bulto y un arrepentimiento pasajero; una confesion, mas de ceremonia tal vez, que de riguroso juicio, ¿podrá ser bastante para considerarse digno el pecador de la sagrada eucaristía, y levantarse confiado del tribunal de la penitencia para la divina mesa, despues de haber llevado todo el año, y acaso muchos años, una vida mas brutal que cristiana? ¿Tan pronto se hace digno comensal de Cristo, el que fué tanto tiempo vil esclavo de Satanás? ¿Tan pronto se halla en estado de comer el pan del cielo, el que hasta entónces ha saciado sus apetitos de torpeza? ¿Así se borran las impresiones de una larga vida toda carnal? ¿así se cortan las hondas

(1) *I. Cor. c. 11. v. 29.* (2) *II. Reg. c. 14. v. 21.*

raíces de unas pasiones envejecidas? Aquí vienen bien las graves exclamaciones en que prorumpió el zelo de san Cipriano (1). Ah! decía el santo prelado, que vuestras llagas no se cerraron, solo se cubrieron. Aún huelen vuestras manos á la corrupcion de sus torpes acciones; aún exhalan vuestros pechos el fétido aliento de los vicios abominables que los inficionaron; aún dominan estos en vuestros corazones; y en un estado tan fatal, ¿os consideraréis dignos de la sagrada comunión? Teméd el divino castigo que experimentaron los infelices Nadab y Abiú (2), por haber tenido la osadía de entrar en el santuario con fuego profano, los que os atrevéis no solo á entrar en el santuario del Señor, sino á sentaros en su mesa, y alimentar vuestras almas con su sacratísimo cuerpo, ardiendo aún en vuestro interior la torpísima llama del amor sensual.

No es ya el tiempo de las humillaciones de nuestro buen Dios, que quiso nacer entre brutos, vivir entre fieros enemigos, morir entre ladrones. Despues que triunfó del mundo, de la muerte y del infierno; que está sentado á la diestra de Dios Padre para ser adorado de los ángeles, temido de las potestades infernales, respetado con profundo rendimiento de todas las criaturas, cuando quiere y debe ser justamente reconocido de todo el mundo por supremo Señor; ya que se digna de honrar con su real presencia nuestros pechos, han de ser estos dignos de tan gran majestad con la limpieza y decencia; no dándose lugar en ellos á objeto alguno que pueda desagradar á un Señor de tanta grandeza, y de otra parte tan zeloso de su respeto y amor.

Observád, oyentes carísimos, que luego de muerto el Redentor, su preciosísimo cuerpo, tan afeado, que apenas conservaba su venerable figura, ya es tratado con los mas reverentes obsequios. Dedicase para embalsamarle una cantidad crecidísima de preciosos unguentos (3); se envuelve con una sábana, no andrajosa y sucia, sino muy limpia (4); se le prepara un sepulcro, no asqueroso ni ocupado de huesos ó cenizas, que lo hagan hediondo, sino nuevo, en el cual nunca se habia puesto cuerpo alguno (5). ¿Qué significa todo esto, sino la pureza de nuestros corazones, que para recibir dignamente el sagrado

(1) *Cypr. Lib. de laps.* (2) *Levit. c. 10. v. 2.* (3) *Joann. c. 19. v. 39.*
(4) *Matth. c. 27. v. 59.* (5) *Joann. c. 19. v. 41.*

cuerpo del Señor, ó han de ser del todo nuevos, de modo que no haya entrado en ellos objeto alguno abominable á los divinos ojos; ó renovados por una séria penitencia, cuyas lágrimas los lave de sus manchas y los deje del todo limpios?

Si esto es así, ¿quién, diréis vosotros, podrá juzgarse digno de recibir el cuerpo santísimo de Cristo, teniendo que tratar, miéntras vive con los mortales, negocios mundanos, de los cuales con suma dificultad puede dejar de contraerse aquel polvo terreno que mancha los corazones? No es mi ánimo, amados fieles, retraeros con esta consideracion de la comunión eucarística, ni de su frecuencia. Libreme Dios de tal intento, cuya práctica podria soltar las riendas no solo á la disolucion y libertinaje, mas aún á la irreligion. Mis exhortaciones, conformes, como deben ser, con las del santo Concilio de Trento (1), se dirigen solo á promover la mayor devoción y pureza, que os hagan dignos del santísimo Sacramento y de sus estimables frutos. Los fieles de la primitiva Iglesia solian comulgar cada dia, tomando el pan celestial como sustento cotidiano de sus almas. ¡Felices tiempos, en que se hallaban los cristianos, no tal cual vez, ó en tal cual dia, sino todos los dias y casi siempre con la debida disposicion para recibir á Cristo! No arrastraban su afecto las honras y riquezas, que despreciaban generosos: no suspiraban por los teatros, bailes, juegos y diversiones mundanas, que constantes aborrecian: no buscaban las comodidades de la vida, cuando estaban prontos á sacrificarla por amor de Cristo, y ofrecer sus cuerpos á los crueles suplicios, que por instantes los amenazaban. Su pensamiento, su afecto, su anhelo todo lo tenían puesto en Dios, en la gloria celestial, en los bienes espirituales y eternos. Con toda propiedad se verificaba entónces, que al rededor del cuerpo se congregaban las águilas (2): *Ubi cumque fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilæ*, porque los que asistian al incruento sacrificio del altar, para participar los divinos misterios y recibir en sus pechos el sacrosanto cuerpo del Señor, no eran cuervos ávidos de la carne ó de los deleites carnales, no eran de aquella casta de aves que vuelan siempre cerca de la tierra, y tienen puestos en ella sus ojos; eran águilas nobles, que tenían fijado su afecto en lo mas arduo y sublime (3): su vida era verdaderamente la que despues

(1) *Conc. tr. sess. 13. de Euch. c. 8.* (2) *Luc. c. 17. v. 37.* (3) *Abd. 4.*